

ÍNDICE

<i>Tema 1. LOS PRIMEROS PASOS DEL EUROPEÍSMO</i>	11
1. Los precursores	12
2. El paneuropeísmo de entreguerras	16
2.1. La Unión Paneuropea	17
2.2. Las primeras iniciativas funcionalistas	18
2.3. El Memorándum Briand	20
3. La Segunda Guerra Mundial	23
4. Europa y la Guerra Fría	25
5. El Plan Marshall y la OECE	29
<i>Tema 2. EL ARRANQUE DE LOS PROCESOS DE INTEGRACIÓN</i>	33
1. Las vías políticas del europeísmo	34
2. El Congreso de La Haya	36
3. El Movimiento Europeo y el Consejo de Europa	39
4. El Benelux	43
5. De Bruselas a Washington: búsqueda de la seguridad colectiva	45
6. La Declaración Schuman	49
<i>Tema 3. LA EUROPA DE LOS SEIS</i>	55
1. La CECA	55
2. La Comunidad Europea de Defensa	57
3. La Comunidad Política Europea	61
4. De Mesina a Roma	62
5. El despegue de la Europa comunitaria	67
6. La Asociación Europea de Libre Comercio	70
7. La Europa de las Patrias	73
8. La Convención de Yaundé	77
9. El Plan Fouchet y el Tratado de Fusión	78

Tema 4. LAS CRISIS DE LOS AÑOS SESENTA	83
1. El arranque de la PAC	83
2. La crisis de la silla vacía y el Compromiso de Luxemburgo	86
3. La crisis francesa en la OTAN	90
4. El veto francés al Reino Unido	93
5. La Cumbre de La Haya y el relanzamiento de las Comunidades ...	97
6. El Plan Werner y la Unión Económica y Monetaria	100
7. La Cooperación Política Europea	105
8. La concreción de la PAC: el Plan Mansholt	107
Tema 5. DE LOS SEIS A LOS DOCE	111
1. La primera ampliación	111
2. El Consejo Europeo y el Informe Tindemans	112
3. El Sistema Monetario Europeo	116
4. La reforma del Parlamento Europeo	118
5. Las relaciones extracomunitarias en los años setenta y ochenta ..	120
5.1. El Grupo ACP y la Convención de Lomé	122
5.2. La proyección mediterránea	124
6. Ampliaciones por el Sur	127
7. La crisis del cheque británico	131
8. La Iniciativa Genscher-Colombo y la Declaración de Stuttgart	133
9. El Proyecto Spinelli del Parlamento Europeo	137
Tema 6. EL CAMINO DE ESPAÑA A LA ADHESIÓN	139
1. Del aislamiento a la negociación	139
2. La vinculación comercial	146
3. Frenazo en el Mercado Común	152
4. El ingreso en la Comunidad	155
Tema 7. HACIA LA UNIÓN EUROPEA	161
1. El Acta Única	161
1.1. La preparación del Acta	161
1.2. Contenido del Acta	165
2. El Parlamento Europeo, 1979-1994	168
2.1. Las elecciones de 1979	170

2.2. Las elecciones de 1984	172
2.3. Las elecciones de 1989	173
3. El Grupo Trevi y el Acuerdo de Schengen	175
4. El Plan Delors y la Unión Económica y Monetaria	178
5. La Europa del Este y la reunificación de Alemania	180
5.1. Las transiciones en el Este	181
5.2. La reunificación alemana	184
 <i>Tema 8. DE MAASTRICHT AL EURO</i>	 187
1. El Tratado de Maastricht	188
2. Los problemas de la ratificación de Maastricht	194
3. De los Doce a los Quince	197
4. Culminación de la unión monetaria	199
4.1. La crisis monetaria de 1992-1993	200
4.2. La implantación del euro	202
5. El Tratado de Ámsterdam	206
 <i>Tema 9. DE LOS QUINCE A LOS VEINTISIETE</i>	 211
1. El Parlamento Europeo, 1994-2004	211
1.1. De la izquierda a la derecha	212
2. La gran ampliación de 2004-2007	217
2.1. El flanco mediterráneo	217
2.2. El ingreso de los PECO	220
3. El Tratado de Niza	226
4. La Carta de los Derechos Fundamentales	232
 <i>Tema 10. EN VÍA MUERTA</i>	 235
1. La Constitución para Europa	235
2. La Unión Europea Occidental	241
3. La Política Europea de Seguridad y Defensa	245
4. De Lomé a Cotonou	248
5. El Parlamento Europeo 2004-2014	250
6. El Tratado de Lisboa	254
7. Las tormentas financieras de la eurozona	258

8. Las elecciones de 2014 y 2019 al Parlamento Europeo	262
9. La crisis de los refugiados	265
10. El Brexit	268
Bibliografía	271
Glosario	273
Siglaro	287
Apéndice	289

TEMA 1

LOS PRIMEROS PASOS DEL EUROPEÍSMO

A lo largo de la Historia de Europa es posible apreciar una serie de coyunturas que marcaron hitos en la creación de una conciencia de comunidad continental, en torno a la construcción de unos principios civilizadores comunes. En tal sentido se puede interpretar la expansión del Imperio Romano, que dominó la Europa occidental y meridional a lo largo de más de medio milenio, aunque también abarcaba el norte de África y la mayor parte del Oriente Próximo. La *pax romana*, si bien basada en un férreo control imperialista, permitió forjar una ciudadanía común en gran parte del Continente y un largo y fecundo período de desarrollo civilizador, la romanización, que sentó las bases de muchos de los más sólidos valores culturales europeos. Su heredero, el Imperio Bizantino, alentó similares proyectos de unidad cultural y política. Pero el fracaso en la «reconquista» del Oeste, emprendida por Justiniano en el siglo VI, relegó su dominio al Mediterráneo oriental y su influencia cultural al ámbito heleno y a los pueblos eslavos de Rusia y los Balcanes.

Los últimos siglos del Imperio Romano fueron los de la expansión del cristianismo, una religión derivada del judaísmo, pero cuyos primeros teóricos supieron adaptarla a las convenciones culturales del mundo greco-romano. Con su adopción como religión oficial del Imperio, a finales del siglo IV, y con la cristianización de los pueblos germánicos y eslavos, el cristianismo se convirtió en un elemento aglutinador de un modelo de «civilización occidental» que, para muchos, tendría en este hecho religioso la base de una suerte de comunidad cultural europea, transmitida luego a otras muchas zonas del planeta a través del colonialismo. No obstante, el cristianismo fue también un elemento de división, ya que sus diversas iglesias, fruto de cismas sucesivos, alentaron conflictos sociales, disputas ideológicas y guerras de religión, que contribuyeron a abrir abismos entre los pueblos de Europa.

Los «renacimientos» medievales encabezados por los emperadores Carlomagno y Otón I supusieron sendos intentos de monarquía europea —cir-

cunscrita en la práctica al espacio germano-italiano— que para triunfar hubieran requerido de estructuras estatales más sólidas en unos tiempos marcados en Europa por el feudalismo y la lucha por la supremacía entre el Trono y el Altar. Los Habsburgo de España y Alemania parecieron más cerca de este objetivo en el siglo XVI, en los orígenes de los Estados absolutistas. Pero su proyecto de monarquía paneuropea, o «universal», concebida prácticamente como un patrimonio familiar, se vio enfrentado a las guerras entre catolicismo y protestantismo hasta que la paz de Westfalia (1648) consolidó la división religioso-política de la Europa occidental y central.

1. LOS PRECURSORES

En esa época, sin embargo, surgieron los primeros intelectuales visionarios que proponían alguna forma de federalismo continental, destinado fundamentalmente a evitar los frecuentes conflictos bélicos. En 1623, en plena Guerra de los Treinta Años, el monje francés Émeric Crucé publicó su *Nuevo Cineas, o discurso de Estado mostrando las ocasiones y los medios de establecer una paz general y la libertad de comercio para todo el mundo*, que se garantizarían mediante una moneda común y la labor de mediación de una Asamblea permanente de los estados europeos, con sede en Venecia y dotada de un ejército propio. Quince años más tarde un aristócrata francés, el duque de Sully, dio a conocer el *Gran Proyecto de Enrique IV*, quien habría planificado una reordenación territorial de Europa como una confederación de quince estados regida por un Consejo de Europa, integrado por seis Consejos regionales y un Consejo General. En 1677, el filósofo y matemático alemán Gottfried Wilhelm von Leibniz propuso una Unión Europea gobernada por un Senado de representantes de los estados constituyentes. También el inglés William Penn, fundador de la colonia cuáquera de Pennsylvania, escribió en 1693 un *Ensayo para la Paz presente y futura en Europa*, sobre la necesidad de crear los Estados Unidos de Europa como una confederación de estados soberanos con un parlamento común, la Dieta Europea, en la que estarían representados en proporción a su población y que contaría con fuerzas armadas propias para imponer la paz en el Continente.

La idea de un «patriotismo» europeo comenzó a tomar cuerpo en la época de la Ilustración. Montesquieu afirmó que «Europa es un único país, compuesto por múltiples provincias». El abate Charles Irénée Castel de

Saint Pierre propuso, en su *Proyecto de paz perpetua* (1728) la creación de una Liga europea sin fronteras interiores, gobernada por un Senado de 24 miembros y con una unión económica. En 1795, con el Continente convulsionado por las guerras derivadas de la Revolución francesa, el filósofo germano Immanuel Kant escribió el opúsculo *Proyecto filosófico de Paz perpetua*, en el que proponía una Federación de Estados Libres bajo la forma republicana y una «ciudadanía universal» europea, como modo de evitar nuevas guerras.

Las visiones de estos precursores se estrellaban, sin embargo, contra la realidad continental marcada por las guerras y la división. El siglo XIX contempló el triunfo del imperialismo colonial, del proteccionismo económico y de los nacionalismos particularistas, vinculados a la idea del Estado-nación. Los proyectos de construcción nacional mediante la expansión territorial —la Francia napoleónica, la Gran Alemania, la Gran Serbia, etc.— encontraban su justificación en doctrinas que trascendían las fronteras estatales en defensa de ideales vinculados a la realización del «destino histórico» de comunidades étnico-lingüísticas determinadas (pan-germanismo, pan-eslavismo, iberismo). Aún así, algunos teóricos del nacionalismo concibieron una Europa en la que la consolidación del modelo de estados-nación y de la democracia parlamentaria facilitarían el equilibrio continental y la armonía entre los pueblos. Así, Giuseppe Mazzini impulsó el proyecto de *La Joven Europa* (1834) para difundir los ideales de la revolución liberal en el Continente, pero sin asumir una plena integración federal que mermase la independencia de los estados nacionales.

No es extraño, pues, que la mayoría de los portavoces decimonónicos del federalismo europeo surgieran de las filas del llamado «socialismo utópico». Frente a una Europa organizada bajo hegemonía francesa, como intentó Napoleón, el conde de Saint-Simón presentó, sin éxito, al Congreso de Viena (1814) un proyecto titulado *De la reorganización de la sociedad europea, o de la necesidad y los medios de agrupar a los pueblos de Europa en un solo cuerpo político, conservando cada uno su independencia nacional*. Abogaba en él por una federación franco-británica como primera fase, ya que «de sus rivalidades nacieron los mayores males, para ellas y para Europa». Esta federación, a la que podría unirse Alemania una vez fuera unificada y adoptase un sistema parlamentario, sería la base de un futuro Parlamento General europeo que gobernaría el continente junto con un

Gobierno federal, cuyo presidente sería elegido por la asamblea continental, con competencias económicas, educativas y sobre las infraestructuras.

Los movimientos revolucionarios producidos en varios países en 1848 acentuaron la percepción, entre ciertos sectores del liberalismo y del naciente socialismo, de que era posible establecer lazos de cooperación y un destino común para los pueblos de Europa. En este contexto cobró relieve el discurso del escritor Víctor Hugo ante el Congreso Internacional de la Paz reunido en París, el 21 de agosto de 1849, en el que hizo una abierta propuesta de creación de los Estados Unidos de Europa:

«Llegará un día en que vosotras, Francia, Rusia, Italia, Inglaterra, Alemania, todas las naciones del continente, sin perder vuestras cualidades distintas y vuestra gloriosa individualidad, os mezclaréis estrechamente en una unidad superior y constituiréis la fraternidad europea, del mismo modo en que Normandía, Bretaña, la Borgoña, Lorena, Alsacia, todas nuestras provincias, se integraron en Francia (...) Llegará un día en que las balas y las bombas serán reemplazadas por los votos, por el sufragio universal de los pueblos, por el venerable arbitraje de un Senado soberano que será para Europa lo que el Parlamento es a Inglaterra, lo que la Dieta es a Alemania, lo que la Asamblea Legislativa es a Francia (...) Llegará un día en que se verán dos agrupaciones inmensas, los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa que, puesta la una frente a la otra, se darán la mano a través del mar».

Víctor Hugo fue miembro, como Giuseppe Garibaldi, Mijaíl Bakunin o John Stuart Mill, de la Liga de la Paz y la Libertad, asociación defensora del federalismo europeo creada en 1867 por Charles Lemmonier, discípulo de Saint-Simón y editor del periódico de la Liga, *Les États-Unis d'Europe*. Por su parte, otro socialista «utópico», Joseph Proudhon desarrolló en su libro *El principio federativo* (1863) una visión de Europa como una «confederación de confederaciones» que integrarían los diversos estados, tras lo que se iniciaría «la descentralización de los grandes Estados» en pequeñas comunas locales que, a su vez, se integrarían voluntariamente en una «confederación única», que posibilitaría la democracia participativa y un desarrollo general.

Frente a estas visiones, más o menos identificadas con el socialismo, persistían otras de índole cristiana, que veían en el nacionalismo paneuro-

peo la culminación de un designio religioso. Tal era la tesis del literato romántico Georg Philipp von Hardenberg, conocido como Novalis, quien en su ensayo *La Cristiandad en Europa* (1799) consideraba que el cristianismo había hecho del Continente una sola nación. Y así lo expuso, por ejemplo, el historiador francés Anatole Leroy-Beaulieu en el Congreso de Ciencias Políticas reunido en junio de 1900 en París: «La idea de una Unión o de una Federación de los Estados de Europa no es nueva. Se remonta muy lejos en el pasado, hasta los tiempos en que los pueblos cristianos de nuestro continente adquirieron, frente a las invasiones musulmanas, conciencia de una solidaridad europea». La propia doctrina pontificia abundaba en la idea de inequívoca vinculación entre el éxito de la civilización europea y la fe cristiana. En su encíclica de 1885 *Inmortale Dei*, escribía el papa León XIII:

«Si la Europa cristiana domó a las naciones bárbaras y las redujo de la ferocidad a la mansedumbre, de la superstición a la luz de la Verdad; si rechazó victoriosamente las invasiones de los musulmanes, si mantuvo la primacía de la civilización y si en todo momento se erigió en guía y maestra de las gentes en toda suerte de laudables progresos, si pudo alegrar a los pueblos con verdaderas y amplias libertades, si para mitigar las miserias humanas sembró en todas partes sabias y benéficas instituciones, no hay duda de que en gran parte es deudora de todo ello a Religión, en la cual halló inspiración y ayuda para la grandeza de tantas obras».

No había acuerdo entre los primeros teóricos del europeísmo sobre lo que debía entenderse por «Europa», fuera del reconocimiento de unos muy genéricos valores civilizadores. En fecha tan tardía como 1958, el historiador italiano Federico Chabod, en su *Historia de la Idea de Europa*, advertía que «el concepto de Europa debe formarse por contraposición, en cuanto existe algo que no es Europa; comparándose con lo que no es Europa es precisamente, al menos en principio, como adquiere sus características». Y ese era un gran problema. A veces quedaban fuera del diseño continental las periferias: la Península ibérica, el mundo eslavo oriental unificado por la Rusia de los zares y los menguantes dominios de los turcos otomanos en los Balcanes, gobernados por un Islam ajeno a los valores morales y culturales europeos. Otras veces era la insular Gran Bretaña la que quedaba excluida, o autoexcluida, de la nómina continental en función de su orgullosa condición de imperio oceánico.

A comienzos del siglo pasado existía ya un núcleo de europeístas activos, dispuestos a tomar iniciativas que superasen el marco de la pura teoría. En vísperas de la Gran Guerra, en 1912, el francés Alfred Vanderpol organizó una *Unión para el estudio del Derecho de Gentes según los principios cristianos*, dedicada a extender los ideales pacifistas por el Continente, en la que participó uno de los futuros «padres de Europa», el también francés Robert Schuman. Un año después, el empresario británico Max Waechter fundó la *Liga para la Unidad Europea*, dedicada a popularizar el proyecto de unos Estados Unidos de Europa con un modelo similar al de los Estados Unidos de América.

Estos proyectos europeístas, que seguían teniendo al pacifismo como eje y justificación, convivían con algunos otros de «pequeñas Europas» que centraban su atención en áreas geográficas concretas. En algunos casos, habían conducido a los primeros conatos de organización supranacional, como el Zollverein, la unión aduanera de los estados alemanes durante la primera mitad del siglo XIX, o la Comisión Internacional del Danubio, constituida en 1857 y que garantizaba la libertad de navegación fluvial sin el control de los estados. En un plano más teórico destacó un proyecto que comenzó a vislumbrarse a mediados del siglo XIX y que concretó Friedrich Naumann en 1915: una extensa confederación de la Europa central, o *Mitteleuropa*, desde Bélgica y Suiza hasta los Países Bálticos y Ucrania, situada bajo la hegemonía del Reich alemán y convertida en el auténtico corazón político, cultural y económico del continente europeo. Mitteleuropa se convirtió en uno de los ejes teóricos del nacionalismo alemán durante la primera mitad del siglo XX e impulsó sendos proyectos geopolíticos de gran calado durante las dos guerras mundiales.

2. EL PANEUROPEÍSMO DE ENTREGUERRAS

La Primera Guerra Mundial representó un estallido colosal de xenofobia y ultranacionalismo en el seno de las sociedades europeas, que condujo a un terrible holocausto continental. Parecía que el sueño de la Europa unida quedaría definitivamente enterrado. Pero no fue así. Los sufrimientos de la población durante la contienda, las convulsiones sociales potenciadas por la Revolución Rusa de 1917 y su utopía comunista, la reconfiguración del Continente como un mosaico de estados-nación identitarios y

mal avenidos y la expansión del pesimismo cultural que Oswald Spengler reflejó en su influyente ensayo *La Decadencia de Occidente* (1918 y 1922), llevaron a muchas conciencias la convicción de que sólo un proceso de integración continental basado en el federalismo europeísta podría evitar una nueva catástrofe.

2.1. La Unión Paneuropea

Apenas terminada la Guerra Mundial resurgieron las iniciativas. En 1919, el escritor Henri Barbusse impulsó el grupo *Claridad*, formado por intelectuales como Stefan Zweig, H. G. Wells y Anatole France, empeñados en estimular el espíritu de conciliación entre los europeos. Desde el campo de la filosofía, José Ortega y Gasset animó a las elites continentales, en su libro *La rebelión de las masas* (1930), a canalizar los nuevos movimientos sociales en favor de la unidad europea. Y algunos políticos publicaron obras en las que, desde el campo liberal, defendían los ideales paneuropeos, como los franceses Gaston Riou (*Europa, mi Patria*) y Édouard Herriot (*Europa*), libros ambos de 1930, o el italiano conde Carlo Sforza (*Los Estados Unidos de Europa*, 1929).

Pero la primera iniciativa de entreguerras que permite rastrear los inicios del proceso de integración europea se debe al conde Richard Nikolaus Coudenhove-Kalergi. Nacido en Tokio como ciudadano austriaco, luego checoslovaco y más tarde francés, hijo de diplomático y diplomático él mismo, sus continuos cambios de residencia le facilitaron una visión cosmopolita que, tras conocer los horrores de la Gran Guerra, le acercó a la concepción del europeísmo como movimiento pacifista y superador de los nacionalismos. En 1922 fundó la *Unión Paneuropea*, con la misión fundamental de animar a las elites intelectuales y económicas a plantear alternativas, desde el cristianismo y el conservadurismo, al avance del comunismo soviético en Europa.

Al año siguiente, Coudenhove-Kalergi publicó en Viena un breve libro que constituye uno de los hitos fundamentales del europeísmo: *Pan-Europa*. Su análisis partía de la consideración de que, tras la Gran Guerra, el Continente había perdido su papel hegemónico en el planeta frente a potencias emergentes extra-europeas como Estados Unidos y Japón, o como

la Rusia soviética y el Reino Unido, a los que el conde no incluía en una futura Comunidad de naciones europeas. El remedio a esta decadencia era pasar «de la anarquía europea a la organización paneuropea», mediante el estímulo de una visión política y cultural de la identidad común de los habitantes del Continente. Su plan contemplaba la convocatoria de una Conferencia continental que estableciera un mecanismo de arbitraje para resolver los conflictos entre los estados. Seguiría luego el establecimiento gradual de una Unión Aduanera Paneuropea, paso previo a la constitución de los Estados Unidos de Europa, cuyos habitantes compartirían una ciudadanía común. La Europa federada contaría con un Parlamento con dos cámaras, una popular, elegida directamente por los ciudadanos, y otra federal, con un representante de cada estado miembro, veintiséis estados para los que Coudenhove-Kalergi preveía que mantuviesen ciertas cotas de soberanía, pero subordinada al mantenimiento global del sistema liberal-capitalista y a un modelo de seguridad continental, militar y diplomático, que impidiera futuras guerras.

La Unión Paneuropea tuvo algún relieve durante los años veinte y los primeros treinta. Su primer congreso, reunido en Viena en octubre de 1926, congregó a unos dos mil asistentes, entre los que se encontraban varios jefes de gobierno e intelectuales de gran nivel, como Rainier María Rilke, Benedetto Croce, Sigmund Freud, Albert Einstein y José Ortega y Gasset. Sin embargo, Coudenhove-Kalergi priorizó el plano teórico, de difusión de ideas y principios, y su organización no asumió acciones específicas ante los estados, que llevaran al desarrollo práctico de sus propuestas.

2.2. Las primeras iniciativas funcionalistas

Sí lo intentaron otras iniciativas, ajenas al federalismo europeísta y centradas en limitados proyectos *funcionalistas* de carácter básicamente económico, a cargo de empresarios, economistas y políticos liberales y conservadores. Estas iniciativas, que constituyeron entonces los avances más sólidos en la consecución de los ideales paneuropeos, se desarrollaron mediante dos líneas de acción paralelas:

a) *El estímulo a la regulación de las tasas de cambio y el impulso a las uniones aduaneras entre estados, que evitaran el proteccionismo y las gue-*

rras tarifarias. En 1921, Bélgica y Luxemburgo, pactaron una tasa de cambio fija para sus monedas respectivas y una política aduanera común, brindando un modelo de entente que animó la acción de los partidarios del librecambismo en todo el Continente. En octubre de 1925 surgió *el Comité de Acción Económica y Aduanera*, de ámbito exclusivamente francés, que defendía el librecambismo y la libertad de empresa en la economía europea. Lo presidió Jacques Lacour-Gayet, economista especializado en comercio y estrechamente relacionado con los medios gubernamentales de su país, a los que asesoraba en la Sociedad de Naciones.

En marzo de 1925, un grupo de personalidades económicas entre las que destacaban los franceses Charles Guide e Yves Le Trocquer hicieron público un manifiesto defendiendo la unión aduanera continental. A partir de esta iniciativa, en 1927 apareció el *Movimiento para la Unión Aduanera Europea*, que contaba con comités en quince países a finales de la década. Su propósito era «hacer de Europa, dándole conciencia de su unidad, un gran mercado libre abierto a la circulación de mercancías, de capitales y de personas». Ese mismo año, el economista galo Francis Delaisi presentó, en nombre del Movimiento, un memorándum a la Conferencia Económica Internacional propugnando una unión aduanera por etapas, ya que estimaba que la Europa occidental y la oriental tenían sistemas productivos muy dispares y era preferible llegar a la unión con distintas velocidades.

b) La formalización de cárteles empresariales supranacionales en la industria y el comercio. A lograr acuerdos de integración industrial entre las economías europeas se dirigieron los esfuerzos del industrial luxemburgués Emile Mayrisch, animador del llamado Círculo de Colpach, integrado por intelectuales y empresarios europeístas como André Gide, Paul Claudel, Karl Jaspers y Coudenhove-Kalergi. En mayo de 1926 Mayrisch fundó el *Comité franco-alemán de Información y Documentación*, con sedes en París y Berlín, y en septiembre de 1927 la *Entente Internacional del Acero* mediante la que animó a empresarios metalúrgicos de Francia, Alemania, Bélgica y Luxemburgo a crear un cártel internacional y a eliminar las barreras estatales a la libre circulación del carbón y el acero entre sus países, sentando el precedente de lo que luego sería la CECA. No obstante, la aparición de un cártel privado sin una intervención reguladora de los gobiernos tuvo el lógico efecto de reducir la competencia de las empresas no

afiliadas y, tras extenderse al Reino Unido y a los Estados Unidos llegó a controlar el 90 por ciento de las exportaciones mundiales de acero en 1939.

En un plano más teórico destacaron políticos liberales como el británico Arthur Salter, defensor del librecambismo en su libro, de 1933, *Los Estados Unidos de Europa y otros escritos*, y Louis Loucheur, presidente de la sección francesa de la Unión Paneuropea, que teorizó sobre el papel de los cárteles internacionales en una unión económica continental, iniciada con la formación de poderosas uniones industriales franco-alemanes y colocada bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones, para cuyo estudio impulsó entre los empresarios continentales un *Comité Económico Paneuropeo* que presidió Coudenhove-Kalergi.

2.3. El Memorándum Briand

Aunque el proyecto de unificación económica fue el que realizó avances más serios en el período de entreguerras, resultaba evidente que sería imposible lograrlo sin un consenso político de los gobiernos europeos. Sobre todo cuando la crisis mundial iniciada en 1929 golpeó con dureza las economías continentales, provocando inmediatos reflejos proteccionistas —subidas tarifarias, política de contingentes, subvenciones estatales, etc.— que alejaron cualquier atisbo de integración económica. Para que esta se diese a medio plazo era preciso, además, que existiera una generalizada voluntad política de superar las secuelas de la Gran Guerra, terminando con la ruina que generaba el pago de las cuantiosas reparaciones establecidas por los tratados de paz de 1919 para los países vencidos y renunciando estos a la exigencia de anulación de las dolorosas pérdidas territoriales con que habían sido castigados por los vencedores. Se dieron algunos avances en este terreno, como el acuerdo franco-alemán de Locarno (1925), que resolvió las diferencias entre vencedores y vencidos en la Europa occidental y valió el Premio Nobel de la Paz a sus principales negociadores, el francés Aristide Briand y el alemán Gustav Stresemann. Pero el malestar por el irredentismo territorial y la suerte de las minorías nacionales alogenas siguieron empujando a los estados a políticas agresivas de rearme como manifestación de la absoluta prioridad de los intereses nacionales frente a los continentales. Un rearme que fomentó la creación de sistemas regionales de seguridad —Entente Báltica, Entente

Balcánica, Pequeña Entente, Protocolos Romanos— que no sirvieron para garantizar una paz continental que estuvo en creciente peligro tras la llegada al poder de Hitler en Alemania y su agresiva política revisionista.

Aunque no era la tónica dominante en la Europa de entreguerras, hubo un puñado de dirigentes políticos que abrazaron fervientemente el europeísmo. Destacaron en ello los franceses Édouard Herriot y Aristide Briand, este último presidente de honor de la Unión Paneuropea. El 5 de septiembre de 1929, siendo ministro de Asuntos Exteriores de su país, Briand propuso en un discurso en la sede ginebrina de la Sociedad de Naciones, la elaboración de un pacto federal, base de una Unión Europea:

«Pienso que entre los pueblos que están geográficamente agrupados, como los pueblos de Europa, debe existir una suerte de vínculo federal; estos pueblos deben tener, en todo momento, la posibilidad de entrar en contacto, de discutir sus intereses, de adoptar resoluciones comunes, de establecer entre ellos un lazo de solidaridad, que les permita, en los momentos que se estimen oportunos, hacer frente a las circunstancias graves, si es que surgen.

Es precisamente este el vínculo que quisiera esforzarme en establecer. Evidentemente, la Asociación actuará, sobre todo, en el terreno económico (...) Pero tengo la seguridad de que, desde el punto de vista político, desde el punto de vista social, el vínculo federal, sin menoscabar la soberanía de ninguna de las naciones que podrían formar parte de tal Asociación, puede serles beneficioso».

Ante el impacto de su discurso, Briand recibió peticiones de la Sociedad de Naciones para que elaborase un documento más amplio. Con la colaboración de su segundo en el Ministerio, Alexis Léger —el literato Saint John Perse— y de Louis Loucheur para los asuntos económicos, el político francés redactó el «Memorándum sobre la organización de un sistema de Unión Federal Europea», conocido como el *Memorándum Briand*, que presentó a los gobiernos de veintiséis estados europeos en mayo de 1930:

«Nadie hoy duda que la carencia de cohesión en la conjunción de las fuerzas materiales y morales de Europa constituye realmente el obstáculo más serio al desarrollo y la eficacia de todas las instituciones, políticas o

judiciales, en las que están basados los fundamentos de organización universal de la paz. Es indudable que esta dispersión de los esfuerzos limita seriamente, en Europa, las posibilidades de ampliar el mercado económico, las tentativas de intensificación y mejorar la producción industrial, y las garantías contra las crisis laborales, que son fuente tanto de la inestabilidad política como social. Además, el peligro de tal división crece por el tamaño de las nuevas fronteras (más de 20.000 kilómetros de barreras aduaneras) que los tratados de paz han tenido que crear a fin de satisfacer aspiraciones nacionales en Europa.

La misma actividad de la Sociedad de Naciones, cuyas responsabilidades son tanto más pesadas por el hecho de que es una organización mundial, podría encontrarse con problemas serios en Europa si estas divisiones territoriales no fueran contrapesadas inmediatamente por un esfuerzo de solidaridad que permita a las naciones europeas realizar por fin la unidad geográfica y alcanzar, en el marco de la Liga, un acuerdo regional que el Pacto (de la SDN) ha recomendado formalmente».

Aunque hacía hincapié en la cuestión de un sistema internacional de seguridad que evitara futuras confrontaciones continentales mediante una Conferencia Europea, como órgano básico de la Unión Federal, el Memorándum incidía también en lo fundamental de la unión económica —eran los momentos más duros de la Gran Depresión— defendiendo una política librecambista que facilitara «el establecimiento de un mercado común para la elevación al máximo del nivel de bienestar del conjunto de territorios de la Comunidad europea».

A finales del verano, el documento tuvo entrada en la SDN pero, pese al entusiasmo que despertó en ciertos medios intelectuales y a la creación de una comisión de estudio en el seno de la Sociedad, sólo encontró silencio en los gobiernos del Continente y terminó siendo archivado. La muerte de Briand, en marzo de 1932, fue otro duro golpe para los partidarios del federalismo.

Todavía en noviembre de 1938, coincidiendo con la Crisis de los Sudestes, un grupo de europeístas británicos, vinculados al Royal Institute for International Affairs, creó la *Unión Federal*, que dos años después llegó a contar con doce mil miembros y defendió entusiásticamente la federación de Francia y el Reino Unido. Pero, pese a estos esfuerzos, los ideales pa-

neuropeos iban en contra de las tendencias triunfantes en un Continente que experimentaba el retroceso de la democracia, el auge de los fascismos, el más feroz nacionalismo económico de los estados y, pronto, las crisis internacionales que llevarían a una nueva guerra civil europea, desatada en septiembre de 1939.

3. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Este conflicto pareció representar el fracaso de los ideales paneuropeos aunque a la postre, como sucediera en 1914-18, funcionó como un motor de aceleración de los procesos de integración continental. Las victorias del Eje germano-italiano entre 1939 y 1942 trajeron una radical modificación del mapa continental, tanto para satisfacer los afanes expansionistas de las dos potencias fascistas como para atender los planteamientos revisionistas, con respecto a la Paz de París, de sus aliados húngaros, eslovacos, búlgaros o croatas, que supusieron la desaparición de Checoslovaquia y Yugoslavia. Y, en un primer momento, los intereses de la URSS, beneficiaria del reparto de Polonia con su aliado, el Tercer Reich, y de la anexión de los estados bálticos.

Sobre esta Europa remodelada, que iba desde los Pirineos hasta las proximidades de Moscú, los ideólogos nazis buscaron establecer el *Nuevo Orden Europeo*, es decir, la hegemonía la Gran Alemania, que entre 1941 y 1944 abarcó casi todo el espacio centroeuropeo, sobre un Continente, más que unificado, uniformado bajo las directrices del Tercer Reich conforme a la geopolítica de la Mitteleuropa.

Más allá de la ocupación militar de los países vencidos, de los proyectos de colonización en el Este destinados conseguir «espacio vital» (*lebensraum*) para el pueblo alemán, o de las políticas de exterminio de minorías raciales, el Nuevo Orden se apoyaba en la existencia de dictaduras filonazis de partido único, fascista o conservador fascistizado, en el apoyo militar y político de estos regímenes a la guerra mundial mantenida por el Eje contra los Aliados y en la subordinación de las economías nacionales a los intereses de Alemania. En este último sentido, el embajador alemán en la Francia de Vichy, Cecil von Renthe-Fink obtuvo el apoyo del ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, para lanzar un plan de Unión

Económica europea, que suponía la desaparición de las aduanas interiores, la creación de un Banco Central Europeo con sede en Berlín y acuerdos sobre intercambios comerciales, explotación de recursos y contingentes de mano de obra que hubieran asegurado el control germano sobre la economía europea. Pero para entonces, en 1943, el Reich empezaba a perder la guerra.

Frente al Nuevo Orden, las fuerzas democráticas organizaron la Resistencia antifascista en los países ocupados, que mantuvo en jaque durante años a los ejércitos del Eje y elaboró proyectos políticos que pasaban, fundamentalmente, por la restauración de la soberanía nacional bajo condiciones políticas muy diversas, según sus defensores fuesen o no comunistas. Pero también el paneuropeísmo cobró fuerza entre muchos resistentes ante la evidencia de que, por segunda vez en una generación, la desunión de los pueblos europeos y la exacerbación de los nacionalismos habían conducido a una destructiva guerra mundial.

En la Europa occidental ocupada, los ideales federalistas se abrían paso entre una Resistencia intelectual vinculada en buena medida al personalismo, un movimiento filosófico y ético, y en especial a la revista *Esprit*, fundada en 1932 por el principal representante de la corriente, Emmanuel Mounier y que influyó sobre diversos grupos de defensores de la cooperación democrática entre los pueblos de Europa, incluido el formado en Alemania por Harro Schulze-Boysen en torno a la revista liberal *Der Gegner* (El Adversario).

El comienzo de la guerra mundial y el pacto germano-soviético animaron un viejo, pero inconcreto proyecto de unión federal franco-británica. Sus impulsores fueron Jean Monnet, un empresario francés que había jugado un destacado papel en los inicios de la SDN y que presidía el Comité de Coordinación Franco-británica y el historiador inglés Arnold J. Toynbee, vinculado al grupo de la Unión Federal. Cuando, en la primavera de 1940, se activó el frente occidental con la invasión alemana de Bélgica y Holanda, Monnet propuso al Gobierno británico hacer realidad la federación. Con ayuda de Arthur Salter, René Plevin y Robert Vasintart, redactó un proyecto de Unión Franco-británica que incluía unificación económica y de la defensa y una ciudadanía común. El primer ministro británico, Winston Churchill, lo aceptó y así lo hizo público: